

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 41

JOSE FIGUERES  
LA AMERICA DE HOY



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



**JOSE FIGUERES**  
**LA AMERICA DE HOY**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES**  
**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**  
Facultad de Filosofía y Letras  
**UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA**



JOSE FIGUERES (1907), político costarricense, fundador del Movimiento de Liberación Nacional. Presidente de la Junta que funda la Segunda República en Costa Rica entre 1948 y 1949. Presidente de la República entre 1953 y 1958. Tiene un trabajo escrito al que tituló *Cartas a un Ciudadano*. Forma parte de la generación de los políticos latinoamericanos reformistas. En este sentido ha sido especial su influencia en el campo de las relaciones de la América Latina con los Estados Unidos. Política de colaboración pero considerada en ambos sentidos. Lo cual el presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy trató de hacer cristalizar en la Alianza para el Progreso.

El trabajo que publicamos expresa esa su preocupación por las ineludibles relaciones de Latinoamérica con los Estados Unidos. Relación que considera solidaria y no de simple dependencia. Considera que los Estados Unidos deben ser los más interesados en esta relación de solidaridad y que sería la mejor garantía de su hegemonía sobre esta parte del mundo. Lo cual no sucede. La misma nación que en las dos últimas guerras expresa su preocupación por mantener la libertad frente al totalitarismo, en lo que se refiere a la América Latina esta preocupación no existe. Combate a un Kaiser y a un Hitler, pero no hace nada por combatir a un Trujillo o a un Somoza. Por el contrario, como dijera Rómulo Gallegos (Cf. Latinoamérica 26), los pone a su servicio, los amamanta y sostiene frente a la voluntad de sus pueblos.



## LA AMERICA DE HOY

José Figueres

### Anteayer, ayer y hoy

Antes de analizar las luchas de la América de hoy recordemos las contiendas de Ayer y de Anteayer, desde la llegada de Colón al periodo de la conquista. Entendamos por ayer, la época de la independencia. Y designemos como hoy la efervescencia que se observa en la segunda mitad del siglo veinte.

En el drama de anteayer, o la conquista, se ve surgir una idea central: el cristianismo; la difusión del credo religioso de Europa en el nuevo mundo. Se observa el andamio de las ambiciones nacionalistas: la expansión territorial, el botín, el poder de las coronas. Se destaca el fuego de las pasiones personales' a veces quemando los andamios nacionales; la aventura, los celos, la rivalidad por la fama. Y se mira con condescendencia el espejismo de aquella época, y aun de otras posteriores: el oro, como equivalente de la abundancia. Un hombre en el desierto puede tener mucho oro, y morir de hambre.

En el conflicto de ayer, o de la independencia, la idea central es la libertad. La Revolución Francesa había "contaminado" la atmósfera terrestre, como han hecho en nuestro tiempo las explosiones nucleares. Aparecen otra vez las ambiciones nacionalistas (que todavía no han terminado del todo) a la hora de señalar fronteras; y las ambiciones personales inevitables, en las pugnas de los caudillos. Un nuevo espejismo fascina a la gente: la soberanía nacional, como equivalente de la libertad individual. De las guerras de independencia salen muchos países soberanos, pero pocos pueblos libres

Encontramos, pues, en las luchas americanas de ayer y de anteayer: 1o, ideas centrales; 2o, ambiciones nacionalistas; 3o, pasiones personales; 4a, espejismos. De todo eso encontraremos bastante en el cuadro de fuerzas de la América de hoy.

En la América Latina de hoy, no ha terminado la lucha por la idea central de ayer, la libertad. Y simultáneamente se pelea por una idea nueva: el bienestar social. Es decir, la abundancia para todos, y no sólo para unos pocos.

Subsisten residuos de nacionalismo territorial, buenas dosis de pasiones personales en la vida política, y fragmentos de los

viejos espejismos. Todo eso lo iríamos digiriendo con calma, al ritmo de siglos anteriores, si no fueran las tormentas que nos vienen de otras partes.

Si nuestro continente latinoamericano estuviera ubicado en la Luna, y no en la Tierra, todavía no habría sido alcanzado por los cohetes que lanzan las grandes potencias terrestres de hoy. Al menos estaríamos impolutos hasta el momento en que escribo este artículo. No puedo asegurar lo mismo para el día en que se publique.

Pero sucede que somos parte de la Tierra. Y acabamos de ver que aun en el pasado nos alcanzaron los cohetes ideológicos de lejos: desde la Bastilla arrasada, cuando la independencia y desde Roma, cuando la conquista. En nuestra América de hoy se cruzan en el cielo y chocan en nuestra tierra los cohetes de Washington y los cohetes de Moscú.

Algunos latinoamericanos opinan que podríamos desconectarnos de la gran pelea entre las dos superpotencias, y no alinear nuestros bandos internos, los de nuestras luchas propias, con los bandos de la lucha universal.

Tal vez algún grado de aislamiento sea posible. Es de esperar que no tengamos participación armada, si la guerra se desata. Pero parece evidente que con la tesis neutralistas, pronto nos encontraríamos en la situación de aquel que gritaba: "Yo soy ateo, gracias a Dios".

## II

### Los cohetes de Moscú

La Unión Soviética, cuyos cohetes nos llegan cada día con mayor intensidad, representa una idea central el comunismo, montada sobre un andamio tradicional de ambiciones nacionalistas, y sometida al fuego de las pasiones de sus líderes políticos. Además, algunos espejismos.

El primer espejismo está en el campo de las instituciones económicas. El Comunismo propone, como medio de lograr el bienestar social, que se establezca la propiedad pública de todos los bienes productivos: la tierra, las máquinas, las empresas. Es la vieja idea socialista: no sólo ha de ser del Estado la carretera, sino también el autobús que sobre ella transita, y la fábrica donde se construye el autobús.

Esa es tal vez una concepción fundamentalmente noble. Lo



que más se ha argumentado en su contra es que, al desaparecer el incentivo del lucro personal, disminuye el interés administrativo. Para la gentes que todo lo tiene resulto, esta es una verdad definitiva.

Para mí lo interesante es el espejismo que contiene la idea de la propiedad pública, generalizada: mientras no aumente la producción, poco se gana con cambiar de propietario. Entre la empresa llamada privada de hoy, cuidadosamente regulada por el Estado y la empresa de propiedad nacional o pública, no hay más que una diferencia institucional. Puede convenir la una o la otra, según las circunstancias. Económica y socialmente, lo necesario es producir mucho, repartir con justicia y capitalizar para crecer.

Este extraño animal que es el hombre, aplicó primero el metro a la poesía que a la economía. Recientemente comenzó a medir la producción anual y la riqueza acumulada, y a formular estadísticas y curvas, y a darse cuenta de que la pobreza de las mayorías venía más de la escasez general que de la concentración en pocas manos. Antes de hacer números, el hombre creyó que la pobreza desaparecería con sólo repartir, sin ocuparse de producir ni de acumular.

Desde 1917 hasta ahora, la ciencia económica ha progresado mucho en Rusia y en Occidente. En ambas partes se ha adoptado la idea nueva de la productividad, que es el rendimiento del trabajo y de la inversión. La técnica, la productividad creciente, más que el espejismo de uno u otro sistema de propiedad, son los mejores medios (si se gobiernan con justicia) para alcanzar el bienestar social.

La Unión Soviética no tiene, en la colectivización, la fórmula mágica para satisfacer las ansias de bienestar social de nuestra América de hoy.

Pero la Unión Soviética es una revolución, y no le interesa la exactitud académica. El comunismo es algo más que unas cuantas teorías económicas, científicas, sujetas a rectificaciones. El comunismo es, para quienes no lo sentimos, una pasión; para quienes lo adoptan, una religión, una idea central.

Ahora bien: la idea central del cristianismo (que es la religión de Occidente aunque el Maestro viniera al mundo en Palestina) liga bien con la idea central de la libertad en el respeto al prójimo. La norma ética del cristianismo es el amor al prójimo. Ambas son normas revolucionarias, impuestas sobre la

barbarie primitiva. Ambas parten de una alta concepción del ser humano.

La idea central del comunismo contemporáneo (que es un movimiento ruso aunque su *Manifiesto* fuera lanzado al mundo por un alemán en la ciudad de Londres), no liga bien con la idea centrales de la libertad, ni con la idea central del cristianismo. La interpretación materialista de las aspiraciones de los pueblos, y la lucha de clases como medio permanente de reformar la sociedad, parecen ser más bien regresiones hacia el estado selvático del hombre y de la bestia. Hay algo más que la pelea por el pan, en los ímpetus humanos.

Cuando los demócratas hablamos de “la lucha electoral”, o “la lucha parlamentaria”, empleamos el término “lucha” en el sentido que tiene para los deportistas bien educados. En cambio la lucha de clases significa, en el ánimo comunista, la guerra a muerte. Y la guerra es para nosotros un medio primitivo, a veces un mal inevitable, pero jamás una norma política, y menos aún una norma ética.

La idea central del comunismo, pues, no se complementa con las ideas centrales de la libertad y el cristianismo que, junto con la idea del bienestar social, animan a la América de hoy.

Veamos ahora, no ya la idea central del comunismo soviético, sino su andamio de ambiciones nacionalistas. Por sobre todas las cosas, Rusia es una potencia militar.

Tal vez es históricamente justificable el sentimiento defensivo ruso. Autores que saben mucha historia menuda afirman que Rusia ha sido atacada centenares de veces. Para el lector medio son evidentes al menos las agresiones de Napoleón en 1812, del Japón en 1905 y de Hitler en 1941.

Para muchos de nosotros es inconcebible sin embargo, que los Estados Unidos de hoy se conviertan en agresores, y ataquen a Rusia sin razón. Pero tal vez no tenemos derecho todavía (porque la civilización norteamericana es joven y heredera de mucho activo y pasivo de Europa), a esperar que los rusos se confíen. Por eso digo que su actitud militar defensiva es justificable, o al menos explicable.

Pero la gran Rusia tiene también un pasado expansionista. Antes que el comunismo, existió el paneslavismo. Para los paí-

ses de Europa oriental hoy ocupados por la Unión Soviética, y para grandes zonas del Asia, no hubo cambio en 1917. La amenaza, o el mal efectivo, ha sido siempre el expansionismo eslavo.

Lo que sucede es que Rusia llegó tarde al festín colonial de las potencias europeas. Quiere subir la cuesta cuando las otras vienen de bajada. Llega tarde al reparto, probablemente, no por falta de aptitudes ni de apetitos, sino porque se retardó en su desarrollo tecnológico. Si hubiera seguido la línea de europeización de Pedro el Grande, o si hubiera emprendido antes el esfuerzo que realiza hoy, el mundo habría conocido tal vez, más que un imperio británico, un imperio moscovita. Lo que no se puede saber es si ese imperio se hubiera convertido ya, como el inglés, en una comunidad de naciones.

En todo caso, desde el punto de vista militar defensivo de Occidente, lo mismo significan los sputniks si son comunistas como si fueran zaristas. Y la América de hoy está dentro de la órbita de los satélites terrestres, ya sean hechos por Dios o por Kruschév.

Pasando del andamio de las ambiciones nacionalistas al fuego de las pasiones personales, conviene recordar que Tamerlán, Ivanés, Pedro el Grande, Stalin, y probablemente Kruschév, pertenecen a la clase de hombres a quienes no interesa tanto la propagación de una doctrina o la expansión de una potencia, como el encumbramiento del dios o del diablo que llevan dentro del pecho.

Rusia no ha tenido ni tiene ahora, el monopolio del cesarismo. Pero un César eslavo con los recursos soviéticos de hoy, y con el fanatismo comunista como cuña de penetración ideológica, es más temible que todos los Césares de todas las eras anteriores.

Creo, pues, que Occidente también tiene razón, para decir lo menos, al estar preocupado. Y nuestra América de Hoy forma parte de Occidente.

### III

#### Los cohetes de Washington

Estados Unidos, portavoz de Occidente en la contienda mundial, es una rama del árbol europeo. Latinoamérica es también hija de Europa. Tiene con Estados Unidos huerto común, e his-

torias paralelas, en el hemisferio americano. Un visitante que llegara de Marte probablemente esperaría encontrar entre las dos Américas una gran similitud de vida.

Así debiera ser, pero no es así. No hay similitud de vida, ni hay suficiente comunidad de ideales, entre las Américas de hoy. Todos juntos constituimos, en los documentos oficiales, las repúblicas americanas. Pero hay repúblicas nuestras que

son todavía satrapías hereditarias. Todos juntos constituimos la familia americana. Pero es una familia dividida entre parientes ricos y parientes pobres.

Todos juntos hemos firmado un Pacto de Asistencia Recíproca en Río de Janeiro, en 1948. Pero la mayoría de los norteamericanos casi no saben que existe América Latina, y un creciente número de latinoamericanos mira con igual suspicacia, en la guerra fría, los cohetes de Wáshington y los cohetes de Moscú.

Un congresista norteamericano que se interesa por las luchas democráticas de América Latina, es mirado con extrañeza en su país. Un dirigente latinoamericano que se declara amigo de Estados Unidos, necesita valor y sacrificio político.

Hay en las Américas buena relación entre gobierno en los nexos comerciales, y en los contactos personales. Pero de pueblo a pueblo casi sólo hay, del Norte hacia el Sur, desconocimiento; y del Sur hacia el Norte, resentimiento.

Esta situación está empeorando, aunque se diga lo contrario en los discursos de sobremesa. Las causas de la mala voluntad son, entre otras: ciertas actitudes norteamericanas, la intriga de Moscú, los celos del pobre para el rico, y la incapacidad de los latinoamericanos para ponernos de acuerdo sobre lo que queremos, y hacer un planteamiento serio.

Sin embargo, si Estados Unidos tiene interés en la unidad hemisférica, tiene que asumir él mismo el liderato del fuerte, del privilegiado, del generoso, para que surja una solidaridad efectiva entre las Américas de hoy.

Desde la independencia, Estados Unidos siguió ligado con la madre Europa en todas las realidades, y con las hermanas americanas en todos los tratados. En 1776 se produjo un divorcio legal, pero los miembros de la misma familia siguieron ocupando prácticamente una sola finca, en ambos lados del

Atlántico. Juntos cultivaron la tecnología contemporánea, y juntos se enriquecieron, aunque un poco más los primogénitos que los progenitores. Todo eso está bien. Lo que no está bien es que los latinoamericanos sigamos siendo los pobles segundos. No importe quién tenga la culpa. Lo importante es quién tenga la solución.

El sentimiento de solidaridad occidental llevó a Estados Unidos, con buen juicio, a reconstruir a Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Las cualidades de los pueblos europeos y unas cuantas docenas de billones de dólares norteamericanos, realizaron el milagro de alcanzar en una década el alto grado de bienestar social. Europa está hoy más próspera que nunca, por fortuna.

En cambio a los latinoamericanos se nos discute, tanto en Estados Unidos como en Europa, hasta el céntimo de la taza de café, o del kilo de lana o de metal. Todas las democracias avanzadas tienen leyes de jornal mínimo para el asalariado, precio estable para el agricultor, y seguridad social para todos los ciudadanos, a un nivel civilizado. Pero cuando nosotros, los países proletarios, que vivimos de servir nuestros productos a los países privilegiados, tratamos de estabilizar a un nivel justo nuestro "salario nacional" (que es el precio de nuestros artículos exportables), topamos con la oposición de las naciones poderosas, ya sea en el trato directo, en la conferencia multipartita, o en el seno de las Naciones Unidas. Para los pueblos fuertes, estabilidad económica; para los débiles, la ley de la oferta y demanda.

Ante las democracias europeas Estados Unidos ha mantenido, solidariamente, la idea central de la libertad. Ante nuestra lucha libertaria, la indiferencia, y hasta la convivencia con los despotismos. Las tropas norteamericanas ayudaron en Europa a hundir al káiser y a Hitler, mientras que en América ayudaron a establecer a Somoza y a Trujillo. Los amamantaron como cachorros hace un cuarto de siglo, y hoy siguen apuntalando aún la decrepitud de sus dinásticos regímenes.

En vez de irradiar ideas centrales, Estados Unidos se ha empeñado en mantener un espejismo: el evangelio de la compañía privada. Con igual dogmatismo, los rusos recomiendan la propiedad pública y los norteamericanos la propiedad privada, sobre todos los medios de trabajo. Una discusión sobre instituciones económicas, que en la práctica ya está resuelta, se eleva, a fuerza de prejuicios, al nivel de teología.

Quienes buscamos dentro de una economía mixta el mejor término medio para cada país, según su tamaño y circunstancias, nos encontramos en los círculos financieros norteamericanos con la regulación doctrinaria que prohíbe a los bancos internacionales "intervenir" cuando hay capital privado dispuesto a "invertir". No importa que nosotros mismos, los interesados, prefiramos el crédito que la inversión, para determinadas actividades, o la empresa propia, nacional, a la compañía extranjera. Si el médico dice que el enfermo está muerto, el enfermo no debe replicar, porque quien sabe más es el doctor.

En la América Latina de hoy, entre el dogma soviético de la propiedad pública, y dogma yanqui de la propiedad privada, cualquier economista nuestro que cometa el delito de observar y decir sobre el terreno, es un hereje. Un espejismo consiste en creer que la empresa pública produce automáticamente el bienestar social. El otro es creer que la compañía privada equivale a la libertad.

En lo tocante a las ambiciones nacionalistas y al peligro de las pasiones personales, creo que la política exterior de Estados Unidos es hoy menos imperialista que la de cualquier otra potencia de la historia; en todo caso, es incomparablemente más respetuosa que la de Rusia.

El estado de guerra fría puede llevar a Estados Unidos a actuaciones como la de Guatemala y la de Líbano. Pero esa son medidas defensivas, ya sean acertadas o erróneas. El tipo de sociedad norteamericana, donde la opinión pública gobierna, casi en todo, no se presta para la acción agresiva, ni para la expansión territorial, ni menos aún para el engrandecimiento personal de ningún César yanqui.

Tan interesados están los norteamericanos de hoy en evitar el imperialismo como sus víctimas posibles. Si la economía estadounidense explota a las economías más débiles en el comercio internacional, lo hace en paralelo con los demás países industriales, y como consecuencias de prácticas tradicionales (como el llamado mercado libre) que no han sido todavía suficientemente estudiadas y corregidas.

Tal vez el mayor peligro de imperialismo yanqui, inconsciente, radica precisamente en el espejismo de la empresa privada. Las inversiones de las compañías en el exterior estable-

cen el derecho de propiedad sobre un sector de la economía de un país, generalmente un país débil. Y como propiedad es poder, si en ese país no crece la riqueza propia a un ritmo mayor que la extranjera, se establecen nexos de colonia, sean cuales fueren las normas políticas prevalencientes.

Aún internamente, en los países más desarrollados, la pugna por la libertad de empresa es, en parte, una lucha por el poder, que se libra entre los hombres de negocios y los conductores políticos. La legislación antimonopolística, el impuesto sobre la renta, y toda la regulación legal de la actividad económica, son defensas del público, representado por líderes políticos, contra el peligro de las pasiones personales de los hombres de negocios.

Internacionalmente, si unos pocos países se empeñan, por ejemplo, en mantener el monopolio de la técnica petrolera en manos de sus compañías, privan a las demás naciones de su derecho a la cultura tecnológica. La relación económica entre gobiernos y compañías es fácil de arreglar, y ya se ha arreglado bastante. Pero los conocimientos necesarios para manejar una empresa petrolera solamente se adquieren manejándola. Y como en Latinoamérica un negocio de tal magnitud solamente lo puede ejercer el Estado, resulta que el espejismo de la compañía privada se convierte en pretexto para que los países privilegiados procuren mantener el monopolio de la técnica, alegando que sostienen el principio de la libertad de empresa.

Podría citar varios ejemplos de cómo el espejismo de la libertad de empresa y de comercio ayuda a establecer canales de explotación internacional, consciente o inconscientemente. En la sociedad humana son inseparables los espejismos las ambiciones nacionalistas y las pasiones personales.

Estados Unidos, como conductor de Occidente, debe ofrecerle a nuestros pueblos, por lo menos, una idea central. Esa idea no puede ser de mera forma de institución económica, la compañía privada, que no inspira a nadie, y que se presta para cualquier explotación. Ha de ser una idea cautivadora, más atrayente para el alma latinoamericana que la idea central del comunismo, única que hoy se nos ofrece con agresividad. Esa idea central enaltecedora, esa arma ideológica, la tiene Estados Unidos, pero no la usa. No la usa porque, a fuerza de disfrutarla, no aprecia lo que vale para quienes de ella todavía sufrimos hambre y sed: es la idea central de la libertad.

Estados Unidos debe empeñarse, por ejemplo, si quiere ser líder de la libertad en la América de hoy, en que la Organización de Estados Americanos haga cumplir a sus países miembros los principios de su Carta, que exigen el establecimiento de gobiernos representativos y el respeto a la humana dignidad.

Estados Unidos debe apoyar también la otra idea central por que se lucha en la América Latina de hoy: el bienestar social. No debe haber bienestar social con sólo buenas intenciones, sin ingreso económico adecuado y estable. Y como los ingresos de nuestros países provienen todavía en gran parte del comercio con la naciones industriales, toda esa relación de pueblo rico a pueblo pobre debe revisarse. Debe aumentar la riqueza local, más que las compañías extranjeras; deben desaparecer las barreras aduanales en los países ya industrializados, y deben regularse los precios de nuestros productos primarios, de manera que nos permitan vivir y crecer

Resumiendo: creo que los Latinoamericanos debemos estar con Estados Unidos, y alinear nuestras luchas con las suyas, siempre que ellos se alinien en las nuestras. Para eso necesitamos una relación económica esclarecida, que permita a nuestros pueblos realizar la idea central de bienestar social, y una política internacional positiva, que mantengan en alto, como el sol que nos alumbra, la idea central de la libertad.

JOSE FIGUERES (1907) político costarricense, fundador del Movimiento de Liberación nacional, presidente de la Junta que funda la segunda Republica en Costa Rica entre 1948 y 1949. Presidente de la República entre 1953 y 1958. Tiene un trabajo escrito al que tituló *Cartas a un Ciudadano*. Forma parte de la generación de los políticos latinoamericanos reformistas. En este sentido ha sido especial su influencia en el campo de las relaciones de la América Latina con los estados Unidos.

Política de colaboración pero considerada en ambos sentidos. Lo cual el presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy trató de hacer cristalizar en la Alianza para el Progreso.

El trabajo que publicamos expresa esa su preocupación por las ineludibles relaciones de Latinoamérica con los Estados Unidos. Relación que considera solidaridad y no de simple dependencia. Considera que los Estados Unidos deben ser los más interesados en esta relación de solaridad y que sería la mejor garantía de su hegemonía sobre esta parte del mundo. Lo cual, no sucede. La misma nación que en las dos últimas gue-



rras expresa su preocupación por mantener la libertad frente al totalitarismo; en lo que se refiere a la América Latina esta preocupación no existe. Combate a un Kaiser y a un Hitler, pero no hace nada por combatir a un Trujillo o a un Somoza. Por el contrario, como dijera Rómulo Gallegos (Cf. Latinoamérica 26), los pone a su servicio, los amamanta y sostiene frente a la voluntad de sus pueblos.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos  
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,  
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.  
Se tiraron 10,000 ejemplares.



**TOMO IV:**

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA. 38. Antonio Caso, MEXICO Y SUS PROBLEMAS. 39. Augusto Roa Bastos, IMAGEN Y PERSPECTIVAS DE LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL. 40. Bernardo Monteagudo, ENSAYO SOBRE LA NECESIDAD DE UNA FEDERACION GENERAL ENTRE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS.



**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

**SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

**SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea.

**COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Leonel Pereznieta Castro

**CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Lic. Elena Jeannetti Dávila

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Dr. Efrén C. del Pozo.